

A PROPOSITO DE LAS REVOLUCIONES

Por Segundo Montes

Desde hace ya algún tiempo vengo dando vueltas a la reflexión que voy a presentar aquí, y que repetidamente he discutido con colegas y alumnos. Casi no me atrevo a exponerla, por una doble razón: porque todavía se encuentra en una fase embrionaria que necesita más profundización y fundamentación, y porque parece tan atrevida y herética científicamente que puede suscitar desde sonrisas compasivas hasta insultos vehementes.

Sin embargo, me aventuro a plantearla por diversos motivos. En primer lugar, el Boletín de Ciencias Económicas y Sociales es un vehículo adecuado para exponer inquietudes científicas, opiniones, comentarios, que no exigen ni la extensión ni la profundidad de artículos o monografías. En segundo lugar, el mismo Boletín se puede dinamizar si por medio de él se entabla no ya una polémica sino una discusión científica seria. En fin, sólo exponiendo los avances de pensamiento o de investigación, y sometiéndolos a discusión, se puede progresar en el descubrimiento de los errores y en la percepción e interpretación más exacta de la realidad.

Únicamente solicitaría dos reglas de discusión: la primera sería que se reaccionara no emotiva e irracionalmente, sino con argumentación científica; la segunda, que nos atengamos no tanto a la formalidad de las palabras y de los términos o categorías, al discurso teórico-ideológico, sino al dato material, objetivo, a la realidad del contenido de los procesos.

Tras estos presupuestos, la tesis que quiero presentar es la siguiente: Hay una gran similitud intrínseca, en los contenidos sociales y en los resultados, entre las revoluciones llamadas "burguesas" y las denominadas "proletarias", y el que se dé una u otra en una determinada sociedad depende del grado de desarrollo de su modo de producción; en otras palabras, en las sociedades desarrolladas se da (o se dio) la revolución "burguesa", mientras que en las sociedades subdesarrolladas la revolución que se da es la "proletaria", pero las consecuencias son muy similares para las distintas clases sociales que la integran.

Por revolución "burguesa" vamos a entender el tipo de revolución en que una nueva clase social, la burguesía, aliada con las clases populares —proletarias y no

proletarias— se levantan contra la clase dominante, la aristocracia y los rentistas de la tierra, que tradicionalmente mantenía el poder —en alianza con otros estamentos sectores o subclases, como podría ser el clero—, para constituir un nuevo grupo hegemónico, un nuevo modo de producción dominante, y una nueva sociedad. Se suele presentar como prototipo a la Revolución Francesa, pero en los demás países avanzados de Europa se dio una revolución de ese tipo, con sus modalidades específicas, aunque no fuera tan violenta y súbita.

El nuevo grupo hegemónico que se consolida después de una tal revolución es la burguesía, en alianza con clases o subclases secundarias, lo que conforma el nuevo bloque de poder, para implantar un modo capitalista de producción. En cuanto a las clases populares aliadas en el proceso revolucionario, si bien no se las integra en el bloque de poder, pero hay que mantener con ellas algún tipo de alianza, lo que se logra por dos caminos: el ideológico y el material. En el terreno ideológico se implementa fundamentalmente a través de la "democracia formal" con todos sus elementos, como la participación por el voto, la conformación de partidos que se arrojan el representar a las masas y sus intereses, y todo un discurso ampliamente difundido que exalta los principios y valores de la libertad, la igualdad, la representatividad, y similares. Mientras que en el terreno material tiene que hacer concesiones de tipo laboral, y salarial, gremial, sindical, prestaciones sociales de todo tipo, a las que se les asigna la característica de ser una retribución o una concesión de su gobierno popular, siendo así que en su mayoría, sino siempre, son conquistas de la clase trabajadora.

Este tipo de revolución solamente se puede dar en los países desarrollados (relativamente, en su tiempo histórico comparativo), en los que ha precedido una verdadera revolución industrial. Se necesita una burguesía suficientemente fuerte y conformada como clase, no sólo para percibir el proceso histórico, sino para costear, liderar y aglutinar al resto de las clases en el proceso revolucionario. Se tiene que haber conformado como una verdadera clase social, suficientemente poderosa como para pactar alianzas y tomar el relevo, para hegemonizar el poder,

aunque tenga que conformar un bloque con otras clases secundarias aliadas, a la vez que mantiene a las clases populares en secular postración y explotación, aunque alienadas hasta el punto de considerarse triunfantes y favorecidas, e incluso representadas en el poder o en los gobernantes. Estas condiciones sólo se dan en los países desarrollados, con una economía dinámica, próspera, y fundamentalmente independiente o autónoma.

Las consecuencias son: la expansión y penetración de la economía capitalista con el consiguiente enriquecimiento y acumulación de riqueza y poder en la clase burguesa, lo que la consolida como grupo hegemónico, y la proletarización de las clases populares, a las que las concesiones económico-sociales van "aburguesando" de modo que sus luchas se vuelvan fundamentalmente reivindicativas y desarticuladas en diversos partidos, federaciones, sindicatos, etc., a la vez que la penetración ideológica del sistema las va alienando progresivamente hasta el punto de perder su conciencia de clase e inhibir su capacidad de lucha; en definitiva, la proyección a un horizonte demasiado remoto, si no inalcanzable, de la revolución que dé el poder al pueblo.

En los países subdesarrollados, por el contrario, no siempre existe una aristocracia propiamente dicha, pero la clase dominante también está constituida por los rentistas de la tierra y por los grandes propietarios de las fuentes de bienes primarios (tierra, minerales, petróleo, etc.) Sin embargo, no existe una burguesía que sea lo suficientemente grande, fuerte y configurada como clase social, como para liderar el proceso; o porque no se ha desarrollado como tal, dadas las circunstancias históricas concretas y el modo de producción; o porque no se diferencia realmente de la clase dominante sino que es parte de la misma derivada hacia el modo capitalista de producción secundario; o porque está articulada y sometida a los intereses foráneos, principalmente los transnacionales; o por la combinación de varios de estos sectores; en definitiva, porque es una "lumpenburguesía". En tal contexto, no tiene futuro histórico como clase hegemónica, ni puede realizar una revolución "burguesa"; carece de poder económico suficiente, no está configurada como una verdadera clase social indepen-

diente, no dispone de cohesión ni de liderazgo, ni de poder ideológico suficiente para arrastrar hacia una alianza a las clases populares —en las que, por otra parte, el proletariado estrictamente dicho es minoritario, mientras predominan los grupos ocupados en trabajo correspondientes a modos de producción precapitalista, o constituyen un inmenso ejército laboral de reserva, o han caído en el “lumpenproletariado”—. La revolución “burguesa”, por tanto, parece inviable.

Históricamente parece ser que la única revolución moderna propiamente dicha a la que acceden tales países es la denominada “proletaria”. Desde un análisis científico no podemos aceptar como revolución todas aquellas que son así proclamadas por el discurso político, y que no pasan de ser un reacomodo de fuerzas en el poder, una nueva distribución al interior del mismo, o un relevo de personas, partidos, grupos —y tal vez de estamentos en algunos casos extremos—. Por revolución debemos entender lo que ya anteriormente se ha definido: el desbancar a la clase dominante por la acción de una nueva clase social emergente, aliada a otras clases, para construir un nuevo grupo hegemónico, un nuevo bloque de poder, un nuevo modo de producción dominante y una nueva sociedad. En este sentido no se podrían considerar como verdaderas revoluciones la mayor parte de las luchas y procesos de liberación e independencia de los territorios coloniales, en los que, a lo más, sólo una parte de la clase dominante, la fracción metropolitana —y no siempre toda— es expulsada del poder, mientras se mantiene como clase dominante la misma que detentaba la propiedad de los principales medios de producción y prosigue con el mismo modo de producción dominante. Una excepción, tal vez, sería el proceso de independencia de los Estados Unidos de Norteamérica, donde se había alcanzado ya un nivel elevado de desarrollo y se había configurado y robustecido una burguesía poderosa y dinámica que podía prevalecer sobre los sustentadores de un modo precapitalista de producción, como se confirmó en la Guerra de Secesión. Este proceso, por consiguiente, encajaría mejor en la categoría de revolución “burguesa”, con las limitaciones indicadas.

En general, para los países subdesarrollados, dada la incapacidad fáctica de la burguesía, la revolución tiene que tomar cauces distintos. Tiene que ser otra la clase social capaz de liderar el proceso. El vacío lo vendrá a llenar la “pequeña burguesía”, y principalmente la “intelligentia”, que aunque no detenten comparativamente el poder que tenía la burguesía en las revoluciones “burguesas”, sí gozan de independencia suficiente, capacidad de inteligencia, análisis y organización, poder ideológico e idealismo, como para lograr arrastrar a las clases po-

pulares a una alianza revolucionaria. —Quedaría por investigar si las divisiones internas en la izquierda no tendrán nada que ver con las características ideológicas intrínsecas de la pequeña burguesía (ECA, agosto-1981, 755-757).

Si logra triunfar la revolución, el grupo hegemónico será esa clase dirigente del proceso que, en alianza con clases o subclases secundarias y subordinadas —principalmente los sectores medios y los elementos más abiertos y dinámicos de la burguesía— configuran el nuevo bloque en el poder, e implantan un nuevo modo de producción, el socialista —a veces muy próximo al capitalismo de estado—. A las clases populares aliadas en el proceso revolucionario tampoco se las integra, objetiva y críticamente hablando, en el bloque de poder, por lo que hay que mantener la alianza con ellas, también por dos caminos: el ideológico y el material. En el campo ideológico, a través de la “democracia popular”, en la que las masas, “incapaces de dirigir el proceso”, se ven representadas por su “vanguardia”, el partido y su dirigencia, y se sienten partícipes del gobierno y de las decisiones importantes, liberadas ya de la explotación de los antiguos señores y de la alienación de su ideología, con gran participación en reuniones, discusiones y procesos de concientización, pero sin tener en sus manos las riendas verdaderas del proceso. En lo material, además de la liberación de los antiguos amos, se les otorgan abundantes concesiones de bienestar material, educativo, social, considerados como un derecho y una conquista por su participación en la lucha revolucionaria.



La nueva clase dirigente —a la que se le niega el calificativo de clase social por no ser propietaria de los medios de producción— conduce y acelera el proceso de modernización y desarrollo económico que hiciera la burguesía en el otro tipo de revolución, a la vez que concentra el poder en sus manos, negándose a abandonarlo; mientras que a las masas populares se las “proletariza” —término incorrecto en un sistema no-capitalista— al nacionalizar la propiedad de los medios de producción, al tiempo que también se las “aburguesa” al disfrutar de los beneficios sociales generalizados, y se las ideologiza hasta el punto de ofrecer una alta cuota de plus-trabajo para la reconstrucción, defensa y fortalecimiento del sistema, en todo lo cual se sienten realizados y representados auténticamente. La elevación de su grado de conciencia y de su nivel de capacitación nunca serán suficientes para ponerse a la altura de las exigencias de una sociedad más y más compleja y tecnificada, por lo que siempre serán “legítimamente” representados por la vanguardia revolucionaria, que se consolida y petrifica en un poder conquistado y mantenido por esas masas. El horizonte del poder en manos reales del pueblo se aleja indefinidamente, si es que no se vuelve también, en esta revolución, inalcanzable.

Ciertamente hay notables diferencias, y no sólo formales y nominalistas, entre ambos tipos de revoluciones, pero las similitudes también son llamativas, especialmente para las consecuencias de la distribución de fuerzas y de componentes sociales, así como, sobre todo, para la revolución que dé realmente el poder al pueblo, sin mediaciones ni ideologizaciones. Parece resultar, desde la perspectiva histórica y analítica, que la revolución “burguesa” aleja muy remotamente —si es que no definitivamente— la revolución social que entregue el poder al pueblo y vacuna contra la revolución “proletaria”. Pero del mismo modo parece que este último modelo —incluidas las revoluciones posteriores a la de la Unión Soviética, en cualquiera de los continentes— no alejan menos el poder real de manos del pueblo. Pareciera como que se manifiesta una constante: que el poder, una vez conquistado, se resiste tanto como los bienes económicos a ser entregado o devuelto, y para mantenerlo utiliza los mecanismos necesarios, ya sean coactivos ya sean ideológicos.

Estoy convencido de que estas reflexiones causarán sorpresa, y hasta indignación, en muchos. No pido clemencia para mi audacia —o ingenuidad, si prefieren—. Lo que sí pido es que se discuta el tema con seriedad científica, tratando de analizar objetivamente los elementos presentados y la realidad subyacente en los referidos procesos. Si al menos suscita discusión científica, algo beneficioso se puede lograr con estas breves líneas.